



Esta pregunta la formuló a Unamuno uno de sus más asiduos lectores.

La respuesta de Unamuno, inteligente, meditada, sufrida, humana, encontró su cauce en un ensayo, publicado poco después bajo el título de «Mi religión».

Entresacamos de él algunas frases, las que a nuestro entender mejor especifican y glosan las ideas claves de su pensar.

«Mi religión es luchar incansante e incansablemente con el misterio; mi religión es luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche; como dicen que con El luchó Jacob. No puedo transigir con aquello del Inconocible —o Incognoscible, como escriben los pedantes—, ni con aquello otro «de aquí no pasarás». Rechazo el eterno «ignorabimus». Y en todo caso quiero trepar a lo inaccesible...»

«Nadie ha logrado vencerme racionalmente de la existencia de Dios; pero tampoco de su no existencia. Los razonamientos de los ateos me parecen de una superficialidad y futilidad mayores aún que los de sus contradictores. Y si creo en Dios o por lo menos creo creer en El, es, ante todo, porque quiero que Dios exista, y después porque se me revela por vía cordial en el Evangelio y a través de Cristo y de la Historia. Es cosa de corazón...»

«Y me pasaré la vida luchando con el misterio y aun sin la esperanza de penetrarlo, porque esa lucha es mi alimento y mi consuelo... No concibo a un hombre culto sin esa preocupación, y espero muy poca cosa en el orden de la cultura —y cultura no es lo mismo que civilización— de quienes se manifiestan desinteresados del problema religioso en su aspecto metafísico y sólo lo estudian en su aspecto social o político.»

En este ensayo como en cada una de sus obras, evidenciamos además de la categoría de su autor, una absoluta y singular fidelidad al lema que adornaba el escudo espiritual de su propósito. «No pretendo que se me diga que hablo como un libro, sino que mis libros hablen como un hombre». «No vendo pan, sino levadura y fermento.»

M.

Picó y Watanuki en Galerías Layetanas

Vemos como Picó del paisajismo frío y plomizo, pasa a un esencialismo impuesto por no sabemos que fuerzas. Ni en una ni en otra tendencia, ni con una ni con otra técnica nos satisface el artista. Carente en absoluto de mensaje, es un pintor con oficio, de formas externas, que «construye bien y de esto vive». Es difícil escribir en forma negativa de una obra, pero lo hacemos al dictado de nuestra conciencia, a la cual repugna el engaño a que de continuo se expone a un público de buena fe, asiduo visitante de nuestras salas de exposición. Elevamos pues la voz, una vez más, en demanda de sinceridad con nuestros problemas, con nuestro futuro, y con nosotros mismos. Ninguna de las tres cosas, no nos engañemos, interesa a quien pinta como lo hace Picó. A pesar de lo maleados que están los ambientes artísticos, no queremos convertirnos en corifeos de los mismos, y en la creencia de que la razón nos será dada, aunque sea con voz íntima, pergeñamos estas notas de protesta.

Pero la misma termina aquí. La obra del pintor intrínsecamente nos pide un comentario, aunque ya lo hemos dado en su aspecto general, con lo que antecede.

Picó, es uno de los que se pueden acoger bajo el epígrafe de estampilla de «paisajista catalán». Sus temas intensos, resueltos con cromas voluminosos y potentes, son todo un dictado de continuidad prolongada hasta lo infinito.

Del «paisajista catalán» y de su influencia nefasta sobre nuestro público, vale casi la pena decir unas pocas palabras. En Olot, y con Vayreda, empieza entre nosotros, el endiosamiento bucólico del paisaje, casi diríamos en el campo estético, el panteísmo plástico de la naturaleza, la cual no forma una unidad humana, y sí, es válvula de expansión al margen de la personalidad total del hombre.

Siguió Ivo Pascual, sencillo y enamorado del sol mínimo, muy de acuerdo con el gusto de nuestro primer cuarto de siglo. Hoy día aparece en Olot la reacción: Curós, verdadera fuerza emergente, con una disciplina artística casi germánica. En medio de las dos primeras figuras, pululan infinidad de nombres —las mismas sirven aquí como ejemplo y como símbolo, no queremos definir nada con ellas—. Estos nombres hacen gala de este impresionismo de pésimo gusto, por cuanto, ya no responden a un momento emergente determinado y no pueden acogerse bajo el cómodo «al margen del tiempo», pues en verdad lo están de una forma definitiva, y además enterrados. Picó es uno de ellos. Conoce el oficio. Trabaja bien las telas, pero ha-

ce muchas concesiones, de ahí lo que hemos dicho más arriba «construye bien y de esto vive». Picó es un hombre sin problemas, como no sean los puramente físicos y formales que presenta un cuadro.

* * *
El oriental pocas veces traiciona su espíritu milimétrico y realista en el concepto expresivo, y Watanuki, este artista japonés, no constituye una excepción. Watanuki presenta dibujos a la pluma de una muy alta calidad aprehensiva. Con sus negros, sus grises y sus blancos, —del papel—, alcanza una armonía fijativa del tema, suave en líneas y sugerencias.

El artista oriental es humilde y de una sensibilidad acusadísima. Buena muestra de ello es el hecho de que aquellos artifices, aquellos artesanos del color, y del movimiento espontáneo, maestros en parte de los impresionistas franceses, —no solamente del impresionismo, sino, que influenciaron, a pintores de una sensibilidad tan al margen de la impresión como lo fuera Matisse, en su período «fauve»—, cambiaban de nombre tres o cuatro veces durante su vida, con el fin de poder permanecer más fieles a su orientación estética, y huir del peligro de amaneramiento por las alabanzas y la gloria que les pudiera arrojar su obra.

Esto en el Japón moderno puede que ya no se estile, —lo más seguro—, pero es todo un hecho que retrata al artista oriental, presentándolo con una moral completamente diferente de la nuestra.

Las plumas de Watanuki no parecen ni tocadas, tan acusado tiene este artista el sentido de lo inmaterial. Lo inmaterial, entiéndase en su concepto oriental, o sea lo delicado, lo sutil, apoyado íntegramente por unos principios filosóficos de vida y de postura humana. Oriente tiene todo el sabor de las culturas de espíritu. Occidente es el prototipo de la civilización científica. Asia es un mundo que se moderniza, al dictado del espíritu, diríamos, humanizándose; en cambio Europa parece como si se empeñara en lo contrario, la ciencia la aleja de la esencia, y le hace marchar hacia una deshumanización progresiva.

La obra de Watanuki nos ha planteado problemas, y nos ha sugerido hechos al margen de su obra artística. A pesar de ello, el interés de este artista, dejando al margen el valor intrínseco de su obra, es el de su poder de sugerencia, y de insinuación, que nos ha permitido llegar a través de su obra, a un aspecto o aspectos generales de la cultura humana.

LUIS BOSCH C.

Nota de la Redacción. El retraso de la publicación de esta crónica ha sido debido a rigores de compaginación. Nuestro colaborador en Barcelona libró la misma con científica puntualidad.